

ETCETERA...

Rechazar el marxismo-leninismo, la idea de un sujeto revolucionario identificado con la clase obrera, la perspectiva de una sociedad comunista que reemplazaría la capitalista, redefinir el concepto de revolución no como toma del poder sino como la creación y multiplicación de espacios de autonomía al exterior del capitalismo donde imperen otros valores y otras maneras de relacionarnos...

Otros tantos planteamientos que cabe discutir.

1° El marxismo-leninismo ya no se puede confundir desde mucho tiempo con el pensamiento de Marx es decir marxiano, como Maximilien Rübél, entre otros, lo ha demostrado. Se sabe que el marxismo-leninismo es o era la ideología de legitimación de regímenes de capitalismo estatal o de partidos inscritos en esta perspectiva (estalinistas, maoístas, trotskistas, castristas...). Pero, no se puede rechazar, según mi opinión, no sólo lo esencial del pensamiento marxiano, más útil hoy que nunca –con la condición de bien conocerlo, desde luego, y no de una manera superficial y parcial–, sino también el leninismo teórico en su totalidad. En efecto, hay en la obra escrita de Lenin varias preguntas, análisis o preconizaciones que permanecen acertadas. Empezando con la famosa cuestión «¿Qué hacer ?» que la mayoría de los intelectuales de izquierda han dejado de lado, prefiriendo sustituirla por la pregunta «Para quien votar» ? Esta cuestión ha dado lugar por parte de Lenin, a críticas e interrogaciones que me parecen todavía vigentes, incluso si uno no puede estar de acuerdo con sus respuestas o propuestas, en particular la necesidad de un partido revolucionario de vanguardia centralizado, constituido por «revolucionarios profesionales». A mi parecer, apuntar los límites de las reivindicaciones económicas (aumento de los salarios, reducción del tiempo de trabajo), (des)calificadas por Lenin como «tradunionistas» (sindicales) me parece más indispensable que nunca. Se sabe que contribuyen a integrar más, cuando son satisfechas, a los trabajadores en el sistema capitalista. Lo que no implica, sin embargo, que haga falta abandonarlas –sólo los neo-pequeños burgueses intelectuales cómodamente establecidos en la sociedad capitalista pueden hacerlo– sino articularlas con otras más radicales, tanto en su contenido (por Ej. puesta en tela de juicio de la división social del trabajo) como en su expresión (auto-organización), y por lo tanto políticas que permitan a las movilizaciones insertarse en una dinámica potencialmente anticapitalista.

2° La desaparición de la «idea de sujeto revolucionario» resultante de la «pérdida de la centralidad obrera» me parece una deducción/conclusión un poco apresurada.

Acerca de la «centralidad obrera», en primer lugar, una cosa es considerar, en base a un enfoque cuantitativo, que los obreros ya no constituyen la mayor parte de la población asalariada (lo que es falso en los países del Sur); otra es olvidar que los trabajadores en los empleos de servicios, sean manuales o no, representan una parte creciente de los asalariados explotados. Ahora bien, si la explotación es el rasgo más relevante del capitalismo –¡hasta definir la especificidad de este sistema social!–, eso conlleva que los trabajadores «no titulados», incluyendo no solamente a los obreros, sino también y cada vez más los de los llamados «servicios», pertenecen al grupo social «central» : entre el 60% y 65% de la población activa en los países desarrollados. Sin su movilización y radicalización políticas no se puede imaginar una salida alguna del capitalismo.

Queda saber, en segundo lugar, si esta clase trabajadora «en sí» ¿puede todavía volverse una clase trabajadora «por sí»? ¡El viejo e incluso eterno problema de la conciencia de clase! Miles de páginas y centenares de libros ya han tratado este tema. Me limitaré, por falta de tiempo, a remitir a un artículo fundamental y casi premonitorio de Henri Lefebvre, publicado hace tiempo (1971): La classe ouvrière est-elle révolutionnaire ?

https://www.persee.fr/doc/AsPDF/homso_0018-4306_1971_num_21_1_1440.pdf

Por supuesto, no ignoro que Marx ha afirmado que «la clase obrera es revolucionaria o no es nada», es decir no otra cosa que una clase explotada y dominada. Hoy día, la mayoría de la gente de izquierda piensa que lo que antaño se llamaba «el proletariado» ha dejado de ser una clase potencialmente revolucionaria. En general, son los mismos que decretan que, de todos modos, la era de las revoluciones sociales corresponde a una época pasada. Sin embargo, a menos que se adopte la hipótesis o más bien el postulado althusseriano de la historia como «proceso sin sujeto»,

se sabe que «los seres humanos hacen su propia historia», aun cuando no la hagan arbitrariamente, sino como lo planteaba Marx, «en condiciones directamente dadas y heredadas del pasado». Y esta historia seguirá estando jalonada por revueltas, levantamientos e insurrecciones populares cuyo horizonte, para algunos, incluso minoritarios, será todavía el fin del capitalismo. Queda entonces por saber quienes entre los seres humanos tienen hoy día el interés, la voluntad y la capacidad de acabar con este modo de producción.

Cabe recordar que el término de «sujeto», si se descarta desde luego su otro significado de persona sometida a una autoridad soberana, se refiere a un individuo o una colectividad actor y autor de una acción. En estas condiciones, sería más apropiado hablar de sujeto de la acción revolucionaria como lo recomendaba el anarquista argentino Eduardo Colombo.

Al leer ciertos teóricos en la onda de los círculos anarcoides¹, el problema no es la existencia o la no existencia de un sujeto revolucionario sino aquello de la «subjetivación», concepto fraguado por Michel Foucault y retomado con varios significados por otros filósofos post- y anti-marxistas, que tiene la «ventaja» de eliminar cualquier enfoque de la realidad social en términos de clases y permitir a cada uno proclamarse revolucionario. Fidel Castro y Che Guevara solían decir que «ser revolucionario es hacer la revolución». Para el pequeño burgués intelectual, eso es sólo un problema de subjetivación. De hecho, el éxito del concepto de subjetivación en el medio intelectual de izquierda se explica fácilmente: esta fracción de clase funciona muy a menudo con autosugestión.

Esta propensión a la autosugestión se manifiesta a través de la pretensión de la fracción «radical» de la nueva clase media –«educada», como ella misma se define en Francia– y de su inteligencia de representar a «los 99%» frente al famoso «1%» de los más ricos. En realidad, ella representa un poco menos del 15%, es decir, solamente a ella misma. Pero *«la ideología del 1% acabará siempre, en última instancia, por confiscar el conjunto de las revueltas populares para el exclusivo provecho de las nuevas clases medias de las grandes metrópolis y de sus todo poderosas redes sociales»*, como lo apunta el filósofo francés libertario Jean-Claude Michea. Este hombre es odiado por la casta universitaria «de izquierda» a causa de su lucidez teórica y política acerca de la función estructural de su propia clase en la división capitalista del trabajo como «agente dominado de la dominación», de las intenciones, los objetivos y las ilusiones de sus miembros que se derivan de esta función, y a causa de su rechazo a solidarizarse con su propia clase. Con todo, basta observar lo que sucedió con Occupy Wall Street, Siriza, Podemos o Nuits debout en Francia, y que no podía ser de otra manera, habida cuenta la composición de clase de estos movimientos.

Por consiguiente, para garantizar la coherencia política de una eventual alianza de las clases populares –un «bloque histórico» hubiera dicho Gramsci– capaz de impulsar una transición, pacífica o violenta, realmente *anticapitalista*, haría falta evitar que esta alianza sea una vez más sometida a la hegemonía electoral e ideológica de estos movimientos o organizaciones «progresistas» que ya no defienden –desde una treintena de años– sino los intereses *culturales* (lo «societal») de la PBI (pequeña burguesía intelectual).

3° «Transición anticapitalista»: ¿hacia qué? El problema es doble: el camino y el objetivo han cambiado.

En la izquierda intelectual ya no se da como antes la prioridad y aun menos la exclusividad en la lucha contra la burguesía. Las cuestiones de la identidad sexual, de la discriminación racial y del medio ambiente, –resumiendo la interseccionalidad–² como respuesta a la diversidad de las formas

¹ Hubo un malentendido con Matteo a propósito de este neologismo. No pretendí haber inventado este término despectivo sino haberlo aplicado por primera vez a una serie de ideólogos neo-pequeños burgueses –el llamado Comité invisible, por ejemplo– que viven en una burbuja (o varias, si se incluye a ciertos departamentos universitarios de ciencias sociales) y se dirigen sólo a sus parecidos, pretendiendo ser más radicales y revolucionarios que otros en materia de emancipación, olvidando o rechazando de tomar en cuenta el carácter eminentemente elitista y clasista de sus teorizaciones a menudo desconectadas de la realidad social. Traté de ellos en mis dos y últimos libros.

² La interseccionalidad, es un enfoque que subraya que el género, la etnia, la clase u orientación sexual, como otras categorías sociales, lejos de ser “naturales” o “biológicas”, son construidas y están interrelacionadas, creando un sistema de opresión que refleja la intersección de múltiples formas de discriminación.

de «opresión», han multiplicado los frentes de «resistencia». Pero, en lugar de ampliar y reforzar la oposición al capitalismo, esta multiplicación conlleva una serie de contradicciones y una confusión que han debilitado el anticapitalismo. Frecuentemente, los «nuevos movimientos sociales» («sociales») sirvieron como distracciones respecto al movimiento social basado en la lucha de clases de los trabajadores. La mayoría de las feministas, teóricas o/y militantes, incluso las que alardean de materialismo, se focalizan contra el patriarcado, considerando el capitalismo, cuando no dejándolo de lado, como un enemigo secundario. Lo mismo pasa con el antirracismo y el ecologismo. En Francia, pero supongo que la situación es la misma en España, las causas feministas, LGBT, antirracistas o ecologistas son muy bien acogidas por los medios dominantes, y las manifestaciones que les corresponden no son nunca reprimidas por la policía, a diferencia de lo que pasa con todo lo que se refiere, tanto en palabras como en actos, a la explotación capitalista.

En lo que al objetivo, es decir, al horizonte se refiere, afirmar que: «*la sociedad que deja de ser capitalista, no quiere decir que sea comunista*» porque «*puede imponerse otra tiranía*» me parece teóricamente y políticamente débil. Primero por el motivo ya expuesto: el uso de la palabra «comunista» para legitimar regímenes y partidos que no tenían nada que ver, sino más bien con una forma antitética, con el comunismo. Con este tipo de razonamiento, se debería abandonar también la palabra «democracia» con el pretexto de que ella ha servido hasta hoy, salvo excepciones escasas, como hoja de parra y apelación no controlada para regímenes burgueses. Numerosos son los teóricos y militantes que comparten otra definición del comunismo. Empezando por Marx, burlándose de los burgueses de Versalles en el 1871. Lo transcribo en francés:

« La Commune, s'exclament-ils, entend abolir la propriété, base de toute civilisation. Oui, messieurs, la Commune entendait abolir cette propriété de classe, qui fait du travail du grand nombre la richesse de quelques-uns. Elle visait à l'expropriation des expropriateurs. Elle voulait faire de la propriété individuelle une réalité, en transformant les moyens de production, la terre et le capital, aujourd'hui essentiellement moyens d'asservissement et d'exploitation du travail, en simples instruments d'un travail libre et associé. Mais c'est du communisme, c'est « l'impossible » communisme ! Eh quoi, ceux des membres des classes dominantes qui sont assez intelligents pour comprendre l'impossibilité de perpétuer le système actuel – et ils sont nombreux – sont devenus les apôtres importuns et bruyants de la production coopérative. Mais si la production coopérative ne doit pas rester un leurre et une duperie ; si elle doit évincer le système capitaliste ; si l'ensemble des associations coopératives doit régler la production nationale selon un plan commun, la prenant ainsi sous son propre contrôle et mettant fin à l'anarchie constante et aux convulsions périodiques qui sont le destin inéluctable de la production capitaliste, que serait-ce, messieurs, sinon du communisme, du très « possible » communisme ? »³

Puedo también citar al sociólogo Henri Lefebvre que, en su libro en 4 tomos, *De l'État*, define a su vez, al final de un capítulo, lo que él entiende por «comunismo»: «**destruction de l'État, abolition du salariat, autogestión généralisée**».

Hablar de transición sin dar un nombre al tipo de sociedad que podría reemplazar la capitalista abre el camino a todos tipos de recuperaciones, falsificaciones y neutralizaciones. Las más recientes giran en torno de un nuevo concepto que tiene mucho éxito en los círculos anarcoides: «lo común».

[Se faire des amis \(communs\) avec Jean Pierre Garnier](http://www.librairie-tropiques.fr/2016/11/se-faire-des-amis-communs-avec-jean-pierre-garnier.html)

<http://www.librairie-tropiques.fr/2016/11/se-faire-des-amis-communs-avec-jean-pierre-garnier.html>

[Révolution - Séminaire de Jean-Pierre Garnier le 22 février ...](http://mai68.org/spip2/spip.php?article3119)

mai68.org/spip2/spip.php?article3119

³ Karl Marx, *La Guerre civile en France – 1871*

Los promotores más destacados de esta «alternativa», el filósofo Pierre Dardot y el sociólogo Christian Laval, dos catedráticos de la Universidad de ParisX-Nanterre, pretenden incluso «reinventar el comunismo gracias a lo común»:

Réinventer le communisme, instituer les communs
<http://www.contretemps.eu/wp-content/uploads/48-53.pdf>

De hecho, la ideología de lo o de los comunes y las prácticas que ella inspira no son otra cosa que una versión un poco renovada de una corriente pseudo-subversiva post-Mayo 68 encabezada por el psiquiatra y filósofo Felix Guattari, vocero de una «revolución molecular» y cuya lema favorito era: «Espacios infinitos se abren a la autonomía». En realidad, no se trata de poner fin al capitalismo ni incluso a su versión neo-liberal sino **sortearlo**. Esto es lo que ustedes parecen proponer y poner en práctica cuando tienen la oportunidad de hacerlo con la ocupación de ciertos edificios o territorios vacíos para desarrollar nuevos modos de producción, de intercambio, de vida. Iniciativas muy simpáticas pero que en mi opinión no amenazan en nada el dominio del capital y del Estado. En un libro reciente, *Les métropoles barbares*, el autor, un profesor de sociología y de ciencias políticas, después de un análisis crítico de la metropolización muy bien llevado, en la segunda parte expone, las soluciones para contraponerse a este proceso/política urbanas: multiplicar los «espacios de autonomía» al interior y exterior de las grandes ciudades. Ahora bien, estos han contribuido a la extensión de la gentrificación en las metrópolis y el desarrollo del turismo en zonas rurales [ver archivo adjunto: Métropoliser autrement]. Lo que no impidió al autor de recibir el «premio del libro de ecología política» de 2019.

Claro que, en el texto de ETCETERA, se menciona estos embriones de sociedad anarquista... o comunista que surgieron en el marco de revoluciones en los siglos pasados que amenazaron y quebrantaron realmente el orden establecido, esta «nueva forma social que sustituye el Estado por una organización anti-estatal, no jerárquica, antiautoritaria, no representativa, autónoma». Pero no es el caso con las experiencias contemporáneas de ocupas de viviendas, de ZAD y otras «zonas de autonomía temporal», incluso cuando no son eliminadas por la represión. Por ejemplo, la cooperativa agrícola de Longo Maï, –realmente autogestionada, ¡a pesar de que algunos de sus miembros actúan como líderes informales! (les conozco muy bien)–, la más antigua de Europa, ubicada en el campo cerca de la ciudad de Fortcalquier, con su radio y su pequeño periódico *L'Ire des Chesnaïes* que emiten continuamente programas o artículos políticamente «radicales» contra el capitalismo y el Estado, tiene un funcionamiento perfectamente compatible con la «economía de mercado». Se benefician de financiamientos públicos (CEE, región PACA, departamento de las Alpes de Haute Provence) y del mecenazgo privado (de Suiza). Además, los productos agrícolas que venden son caros y se dirigen a una clientela bastante adinerada de «bobos».

Se menciona también los caracoles zapatistas y Rojava. En lo que a los primeros se refiere, no hay que olvidar lo que su aparición y su permanencia deben a la lucha armada. En cuanto al Rojava, cuyas Unidades de Protección del Pueblo gustaban mucho a los anarcoides y sobre todo a las anarcoides feministas con sus brigadas de milicianas, además, en este caso, la Administración Autónoma del Norte y del Este de la Siria (otra denominación del Rojava) fue también el resultado de una lucha armada, presentarla como un modelo de organización autogestionada e independiente de cualquiera autoridad refleja una ignorancia total de la situación real en Siria: Rojava está dirigida por un partido muy centralizado, el PKK. Esta ignorancia es compartida por el conjunto de la inteligencia de izquierda española como lo he podido averiguar en el curso de estos últimos años. Es verdad que sus homólogos franceses no saben tampoco mucho más de eso, siendo los medios oficiales su única fuente de información, sin tratar de buscar otras fuentes. Contrariamente a nuestra generación, para quien el anticapitalismo era indisoluble del antiimperialismo, las que vinieron después son indiferentes a la geopolítica.

Escribí varios artículos sobre la guerra en Siria desde el 2011. Aquí te dejo varios de ellos:

<http://www.librairie-tropiques.fr/2016/03/se-faire-des-amis-libertaires-et-rebelles-avec-jean-pierre-garnier-1.html>

<http://www.librairie-tropiques.fr/2016/03/se-faire-des-amis-libertaires-et-rebelles-avec-jean-pierre-garnier-2.html>

<http://www.librairie-tropiques.fr/2016/03/se-faire-des-amis-libertaires-et-rebelles-avec-jean-pierre-garnier-3.html>

<http://www.librairie-tropiques.fr/2017/10/se-faire-des-amis-avec-j-p-garnier-le-diplo-ensable.html>

Y otros de dos autores:

Vincent Lenormant

<http://www.librairie-tropiques.fr/tag/vincent%20lenormant/>

<https://francais.rt.com/opinions/68806-il-etait-fois-le-rojava>

El rechazo a hablar de socialismo o de comunismo para definir hacia que tipo de sociedad desembocaría una «transición anticapitalista» lleva a Horacio Capel, junto a otros universitarios reformistas o renovadores progresistas, a contentarse con hablar de «sociedad postcapitalista», «altercapitalista», en vista de las características, a veces innovadoras pero compatibles con el capitalismo que la definen según ellos. Quizás has leído el texto de mi intervención acerca del tema en la facultad de geografía: [Las ciencias sociales desde una perspectiva postcapitalista...](http://www.ub.edu/geocrit/XV-Coloquio/JeanPierreGarnier.pdf)
<http://www.ub.edu/geocrit/XV-Coloquio/JeanPierreGarnier.pdf>

Por su parte, David Harvey esta un poco en la misma línea que ustedes cuando explica, en sus «Reflexiones sobre una vida académica», que, al fin y al cabo, prefiere «el término de anticapitalista que él de socialista, comunista, anarquista, populista [sic] o ningún otro porque invita todo el mundo que ha sido afectado negativamente de algún modo por la acumulación y la circulación de capital a unirse alrededor de la causa de encontrar un modo alternativo de producción, circulación, distribución y consumo, diferente del que tenemos ahora mismo»⁴. ¡Ni una palabra sobre lo que todo eso implica: la necesidad de «expropiar a los expropiadores» planteada por Marx!

De hecho, Harvey desarrolla una visión no conflictiva y muy consensual de lo que debe ser el anticapitalismo. «*Al suscribir un proyecto come este –es decir sin dar una denominación precisa a la sociedad que debe suceder a la capitalista–, no se obliga a nadie a aceptar ningún fundamento esencialista de la política como el propuesto por la formación de un proletariado de vanguardia, un partido de vanguardia, una ideología concreta de libertad individual, de democracia, igualdad o libertad, una teoría concreta de sociedad justa a alcanzar*». Para Harvey, por lo tanto, la alternativa es el programatismo tradicional marxista-lenista, que él rechaza, o la vaguedad completa, es decir nada.

Eso me hace pensar en el famoso lema del teórico y politiquero social-demócrata alemán Eduard Bernstein: «*No me importa mucho el objetivo final del socialismo. El movimiento es todo, el objetivo nada*». Se conocen los resultados de esta profesión de fe «revisionista»: un pragmatismo oportunista que llevó a los dirigentes de los partidos «de izquierda» a pasar a la derecha. Además de dejar a la gente en la incertidumbre, este punto de vista abre la puerta a lo que ya apunté más arriba: las contradicciones y la confusión que sufre el anticapitalismo y que lo condena a la impotencia. «*Lo único que se requiere, concluye Harvey, es trabajar conjuntamente por un futuro común en que el sistema económico actual sea reemplazado por formas sociales de organización que faciliten la producción y la distribución de los valores de uso suficientes para que todos tengamos perspectivas de una vida decente*». Una vez más, Harvey pone entre paréntesis el hecho de que «*trabajar conjuntamente por un futuro común*», pero reemplazar el sistema capitalista tropezará tarde o temprano con la oposición decidida, es decir violenta, de la clase poseedora y de su Estado. ¡A menos que este futuro común se confunda con «lo común»!

Terminaré con una anécdota acerca de Harvey, muy reveladora de los límites teóricos y políticos del radicalismo de campus, y, más allá, del callejón si salida al cual conduce el rechazo de llamar a las cosas por su nombre (socialista o comunista) de una sociedad «post-capitalista».

Para preparar una entrevista no publicada, no por censura sino debido a un problema técnico con la grabación, realizada hace 8 años con David Harvey en el piso de un militante (trotskista) amigo

⁴ Nuria Benach y Abel Albet, *David Harvey*, Icaria Espacios críticos, 2019

mio que le había acogido –Harvey había venido a Paris para dar una charla en una escuela de arquitectura–, le había enviado una lista de preguntas escritas (en inglés). Aquí esta la última (la pongo en francés para ahorrar tiempo):

« Vous définissez le “droit à la ville”, dans un article portant cet intitulé, comme le “ *pouvoir collectif de façonnement fondamental et radical sur les processus d’urbanisation* ”, lequel devrait promouvoir, affirmez-vous, “ *le développement de liens sociaux nouveaux entre citoyens, d’une nouvelle relation avec la nature, avec de nouveaux styles de vie et de nouvelles valeurs esthétiques, et une transformation de la personnalité des gens* ”. Bref, l’essor d’une véritable civilisation urbaine radicalement autre — pour ne pas dire opposée — à celle produite par le mode de production capitaliste.

Croyez-vous que la classe dirigeante se laissera déposséder pacifiquement de ce pouvoir ? Une telle perspective implique, en effet, qu’elle serait aussi dépossédée du pouvoir d’agir sur les conditions générales qui déterminent ces processus urbains comme beaucoup d’autres. Bref, cela signifierait qu’elle accepte d’être privée de son pouvoir économique et politique, de cesser, finalement, d’être une classe dirigeante. N’est-ce pas un rêve ?

Dans ce même article, vous parlez d’ailleurs vous-même de « *confrontation* », de « *collision* », de « *lutte* » entre les possédants et les dépossédés. Je suis d’accord avec vous, mais cela implique t-il que la révolution, dont vous affirmez qu’elle “ *sera urbaine ou ne sera pas* ” ne pourra pas faire l’économie de la violence ? Ce qui serait confirmé à qu’en disait le président Mao Tsé Toung : “la révolution n’est pas un dîner de gala” ».

La respuesta de Harvey cuando me reuní con él: «*No le puedo contestar*».

“¿Por qué?”, le pregunté. «*Porque ésta es una pregunta que nunca se me ha hecho*», me contestó Harvey sin dar más explicaciones. ¡Lo que te dice mucho sobre con que tipo de interlocutores Harvey esta acostumbrado a dialogar! Le gusta hablar de «lucha de clases» y de «confrontación», pero tiene miedo de cualquier enfrentamiento que no sea pura retórica. Una posición « friolenta » que trasluce también en su libro «*Diez y siete contradicciones y el fin del capitalismo*» donde, al final, explica que este fin no es deseable porque sería dramático para las clases populares que serían las primeras víctimas del caos generado. Harvey ha pasado su vida profesional en las aulas universitarias estadounidenses o de otros países, y es por eso un representante típico del *campus radicalism*. Ciertamente, el título del «texto inédito» de Harvey, – del libro de Núria y Abel–, de dónde son sacadas las citas anteriores es: ¡«Reflexiones sobre una vida académica»!

Jean-Pierre Garnier
Diciembre 2019